

Nunca juntos (EDITANDO)

Rubí Fuyimaku



Capítulo 1

"No quiero que pienses que me importa algo lo de anoche, no quiero tu teléfono, ni cartas, ni postales, no quiero casarme contigo, y por supuesto no quiero hijos tuyos. Pase lo que pase mañana habremos tenido hoy, y si volvemos a cruzarnos otra vez en el futuro pues muy bien, seremos amigos."

-One Day. Siempre el mismo día.

Capítulo 2

Capítulo 1

1999

Situada al norte de Nueva York, en los pueblos más adentrados de la campiña estadounidense, alejado de la mano de Dios, se ubicaba Laketown, que literalmente significaba: 'ciudad lago', fruto del hermoso lago de patos que había en el parque de reserva natural. Aunque, incluso allí, la vida era un tanto difícil para la clase baja de la sociedad; dado que, si no eras rico, posiblemente pertenecieses a la clase media-moderada.

En una de las casas realizadas en ladrillo, lo que dejaba ver el nivel potencial de alguna de las familias, se escuchaban los pequeños taconazos de la pequeña de los Riley. La pequeña, aún lo era a vista de sus padres, caminaba de un lado hacia el otro nerviosa, buscando el elegante vestido que se hubo comprado el mes pasado para la ocasión que se presenciaba en el día. La deseada fiesta de graduación.

Incluso con tanto ajeteo, a la mujer que había dado a luz a dos hermosas hijas: Katherine y Evolet, pudo alzar su voz para alentar a su hija. Para cuando esta ya estaba lista, bajó por las escaleras tan deprisa como sus pies le permitían. Eso sí, sin tropezar y sin olvidarse de mantener la cabeza alta.

Su melena, ondulada, de color marrón claro, con cierto tono anaranjado, se movía al son de las zancados que daba para bajar aquellos escalones. El vestido resultaba ser uno de color carmesí que jugaba con el tono de sus ya mencionados cabellos.

-Ya estoy lista. -Comentó con una sonrisa-.

-¡Qué guapa estás! -Exclamó la mayor de las hermanas, a la par que le pedía a su padre la cámara para fotografiar el momento-.

Evolet, que así se llamaba, posó y esperó que su hermana le sacara la instantánea para seguir con el protocolo. Besó a su familia y se subió al coche estacionado en la puerta de su casa que le estaba esperando desde hacía un par de minutos. El vehículo la llevó tanto a ella como a la persona que esa noche bailarían con Evolet hacia la mismísima puerta de la universidad, donde había un cartel colgado de esquina a esquina dando la bienvenida a todos los universitarios que iban a ser graduados.

-Estás, simplemente, hermosa. -Le susurró el acompañante con esmoquin abriéndole la puerta del auto y sujetándole de la mano para caminar juntos hacia la entrada-.

Evolet asintió, ni tan si quiera se sonrojó. Estaba acostumbrada, por desgracia, a ser el punto blanco de los halagos innecesarios que más de uno le decía al verla pasar. Entraron y saludaron a sus viejos amigos. Al momento, como si estuviesen esperando la llegada de la pareja, las luces del aquella sala se apagaron, manteniéndose solamente un foco que iluminaba al rector y al representante de la delegación de estudiantes.

-Buenas noches -comentaba el señor conmocionado-, me alegro que estéis aquí, en esta etapa de vuestras vidas junto a todos vuestros compañeros. Como cada año, a mí me toca observar como pasáis y os vais, a la espera de salir al mundo laboral. Ahora, ya sois adultos, os habéis graduados y habéis finalizado la carrera. Os deseo lo mejor para el futuro que os espera con los brazos abiertos.

El breve discurso del rector finalizó y acto seguido, la primera canción empezó a sonar. Se trataba nada más y nada menos que una de Blue4u.

-Voy a por un poco de Ponche, ¿quieres? -le preguntó Evolet a su acompañante al moviendo las piernas al son de la canción-.

-No se me apetece ahora mismo. -Susurró-.

Evolet asintió con la cabeza indicándole que ella sí que quería e iba a ir a la mesa donde se encontraba la bebida. Él aceptó y siguió bailando junto a unos compañeros. En la mesa había sándwiches, aperitivos, un bol donde se encontraba la bebida, golosinas, cazo y vasos de plásticos. La joven cogió el cazo y se sirvió un poco del susodicho, lo dejó en su sitio y bebió un poco, tras ello, aún moviendo las caderas vueltas de espaldas, bajó la mano del vaso y se giró rápidamente, sin darse cuenta que, justo detrás, recién había llegado una persona para coger, seguramente, un sándwich. Por lo que, desafortunadamente, su bebida acabó en la camisa de vestir del otro.

-¡Perdón! -Se disculpó avergonzada, al percatarse del accidente-.

Sorprendido por lo que acababa de ocurrir, su compañero, a quien Evolet no conseguía recordar por los pasillos de la universidad, la miró y sonriendo maliciosamente derramó el vaso de esta en su vestido. Como era de esperar, una mancha oscura apareció en el vientre de la joven de cabellos anaranjados.

-Ya estamos en paz. -Sonrió satisfecho, reprimiéndose las ganas de reírse

ante el rostro de la fémina que se tornaba de un rojizo color-.

-¡Mi vestido!, ¡lo has hecho a propósito!, ¡pero qué te crees!

No daba crédito a lo que le acababa de suceder. Lo de ella había sido un mero accidente, le había pedido disculpas y no había sido aposta. Así pues, malhumorada, le proporcionó un empujón y corrió hacia la salida. No quería que nadie le viera con aquella mancha oscura en su vestido. ¿Cómo iba a secarla?, ¡era imposible!

Tan solo unos pocos la vieron salir corriendo del lugar. Precisamente entre aquellos no se encontraba su acompañante, por lo que lo había dado todo por vencido. Ni tan siquiera su amiga se había percatado. ¿Qué haría entonces con aquella mancha?

-No pasa nada -intentaba decirse para calmarse y no llorar caminando de un lado hacia otro-, en un par de minutos seguro que esto se seca. Seamos realistas, es imposible. El único vestido que te hubo gustado de la tienda... estropeado por una mancha de licor que no se quitará... ¡Ay!

Las lágrimas se le escapaban por mucho que las reprimiese. Evolet era una joven demasiado materialista y aquel vestido... significaba su vida misma.

-Lo siento, no fue mi intención. -Escuchó decir de una voz sofocada-.

¿Qué no fue su intención?, ¡claro que lo había sido! Se había reído maliciosamente y derramó el vaso de ella en su vestido a modo de venganza. Así no se hacían las cosas. Los buenos modales, entonces, ¿para qué estaban?, ¿es que acaso nadie se lo había enseñado en su hogar?

Como era de esperar, Evolet se negó a mirarlo. ¡Era un miserable!, ¡la había manchado a conciencia!

-Sólo me quería divertir. Además, yo también tengo una mancha y, desafortunadamente, es más visible que la tuya, chica.

En eso tenía razón. La mancha en la camiseta blanca se había extendido. Al menos ella la podía disimular, pero él...

-Soy Scott Parker -se presentó extendiendo el brazo-, aunque para ti, ahora, seré el susodicho que te ha manchado a propósito.

Enarcó las cejas y puso los ojos en blanco. Le tendió la mano, de malas maneras, aún enfadada y se presentó como era debido.

-Te recordaré para toda la vida, desgraciadamente. Has arruinado el mejor día de mi vida, ¡estarás contento, vamos!

-Oye, no es para que te pongas...

-¡Cómo que no! -Clavó su vista en la mancha de él y torció una sonrisa. La señaló y luego señaló la suya.

-Bueno, a ver, déjame que te ayude...

-No puedes. No se seca tan fácilmente.

-Bueno, pero... como has dicho, es el mejor día de tu vida. No debe repercutirte. Además, te aseguro que no seremos los únicos en tener una mancha de licor a lo largo de la noche, ¿cuánto te apuestas?

-A ver, en eso tienes razón, pero...

-Mujer, disfruta de la fiesta. Una mancha no debe repercutirte. -Sonrió y acto seguido le ofreció la mano para entrar-, si te decides a perdonarme, te invito a un baile. Propongo ser la pareja de la mancha de Ponche, ¿qué me dices?

Sin darse cuenta ninguno de los dos, habían comenzado el inicio de una duradera amistad. Evolet aceptó la propuesta, sólo que aquella vez no entraron en la fiesta. Decidieron dar una vuelta por los alrededores. Una cosa llevó a otra y acabaron hablando de sus gustos y preferencias. Conociéndose un poco más el uno del otro. Como aún era demasiado temprano a pesar de ser de noche, Scott decidió llevar a Evolet a su bar preferido. Allí podían tener un poco más de intimidad y quién sabía si, tal vez, la mancha podía menguarse. La llevó a su lugar especial, aquel que desde pequeño había visitado con sus padres. Se trataba de un local español que había puesto de moda por la ciudad los denominados Churros con chocolate.

Entraron pidiendo una mesa para los dos. El jefe de sala les señaló un lugar idóneo en la esquina frente de la ventana. Allí podían seguir hablando por donde lo habían dejado al entrar. Pronto, se les tomaron nota y en pocos minutos, tenían aquellas ruedas de masa con chocolate frente a ellos.

-Pruébalos, te van a encantar. -Le comunicó él llevándose uno a la boca

Evolet lo imitó. Su boca experimentó un contraste gastronómicamente delicioso.

-¡Madre mía!, te juro que no los había probado antes... ¿Llevan mucho

tiempo?

-Desde que soy pequeño, así que...

- No los conocía. -Mojó el churro en el chocolate y miró a su compañero divertida. Él no se percataba de lo que estaba a punto de suceder. Aprovechando su distracción, Evolet le mojó la frente de chocolate caliente-. Te lo debía. -Sentenció victoriosamente, entregándole una servilleta a petición del joven que había gritado como si de un espartano se tratase-.

-Muy graciosa. -Empleó un tono molesto. ¿Quién había sido la maleducada ahora?

-Te he dicho que te lo debía. Así aprendes a pensar las cosas un poco antes, Scott.

-Veo que eres un poco rencorosa.

-Soy diferente, que no es lo mismo.

-¿Diferente? Lo que eres es Vendetta.

Sonrió a pesar de que Scott estaba molesto. No sabía lo que significaba Vendetta, pero en aquel contexto Evolet se sintió halagada. Mientras tanto, Scott cogía la cuarta servilleta y se limpiaba la frente que se había quedado pegajosa por el espeso líquido caliente; fijándose en el cabello de su compañera que le caía sobre los hombros. Cuando se inclinaba a beber la taza del chocolate, estos caían hacia adelante, ocultando parte de su tez blanca. A él le parecía un ángel o un ser demasiado cercano. Pues era de grandes ojos marrones, labios carnosos pintados de un tono salmón, mejillas sonrosadas y mentón señalado. Su nariz era fina acabada en forma puntiaguda...

-Entonces, crees que soy una justiciera. Me gusta.

-No es exactamente..., bueno, déjalo. -Se rindió-.

-¿Quieres regresar? -Le preguntó ella terminándose de beber la taza de chocolate-.

-Tu acompañante seguro que te extraña, ¿no crees?

-Sinceramente, no. -Se encogió de hombros y se limpió la comisura de los labios-. Estará hasta la cabeza y más allá de alcohol.

-¡Qué dices muj...!, bueno, sí, en verdad sí.

Ambos terminaron el plato y salieron por la puerta, tras ser Evolet quien pagó la cuenta de ambos a regañadientes de Scott.

-No te preocupes, a la próxima me invitas tú, ¿qué dices?

-Eso quiere decir, que debemos de quedar una segunda vez. ¿Estás dispuesta a quedar con quien te manchó tu vestido preferido de Ponche?

- ¿Y tú con quien te ha manchado la frente de chocolate?

Se miraron y asintieron a la par en un breve silencio, caminando por la avenida, observando el cielo estrellado, en el caso de la pequeña de los Riley, o el suelo, en el caso de Parker.

A pesar de todo, sus caminos se bifurcaron con la llegada a la universidad. Aunque se encontraban en la misma sala y se miraban de vez en cuando, la mejor amiga de Evolet la arrastraba hacia los adentro de la muchedumbre, presentándole a sus nuevos conocidos. Desde aquella noche, se recordarían como la pareja de la mancha de licor, riéndose, por separado, de lo que un día sucedió en aquella fiesta de universidad. No obstante, no se dieron los números de teléfonos, por lo que no pudieron contactar el uno con el otro.

¿Fue aquello el final de lo que pudo ser el bonito comienzo de una amistad?